

SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

**PLEGARIAS DE LUZ
Y RESURRECCIÓN**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2004

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Traducción de Teresa Martínez Manzano
del original griego bizantino

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2004
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1542-0
Depósito legal: S. 1235-2004
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2004

CONTENIDO

<i>Introducción</i> , por Francisco José López Sáez ...	9
Primera acción de gracias	15
Segunda acción de gracias	25
Plegaria mística	37
Con toda la sed que mi alma tiene (himno 41)	41
Luz inaccesible	53
Transformado en Cristo	61
Vida nueva en el Espíritu	73
La eucaristía, misterio de unidad	83
Hacerse santo hoy en día	95
El Reino ya está aquí	107
La plegaria de Simeón	117

INTRODUCCIÓN

Francisco José López Sáez

Presentamos una antología de los escritos de uno de los místicos más señeros de la Iglesia bizantina y de la Iglesia universal: Simeón, llamado el Nuevo Teólogo por sus contemporáneos, no tanto debido a su saber científico como por la autenticidad y hondura de su experiencia cristiana de Dios¹. Se trata de un autor verdaderamente ecuménico, quizá el mayor testigo de la fe de los Padres en el umbral mismo de la separación entre Oriente y Occidente.

¿Qué significa el apelativo de «Nuevo» en una Iglesia tan apegada a la tradición como es la bizantina? Occidente ha vivido su historia cristiana como un continuo renovarse de las formas, las instituciones y los movimientos. La Iglesia de oriente, por su parte, desde la época de los Padres ha conocido pocas reformas institucionales. En ella la renovación eclesial ha sucedido siempre por una revitalización carismática de la corriente espiritual. A una época de rigidez y casi agotamiento le hace frente inesperadamente el milagro de grandes espirituales que sintetizan de un modo personal la herencia patristica e impulsan hacia el futuro la vida cristiana en un ministerio carismático de paternidad espiritual.

La experiencia constantemente renovada de la presencia del Espíritu santo constituye la raíz invisible de una vitalidad que aflora en las circunstancias más desfavorables.

1. «Mientras que Máximo es uno de los más poderosos pensadores de la tradición cristiana, Simeón no es más que un puro espiritual. Él expresará en los términos menos intelectuales, los más directamente bíblicos y evangélicos, con una frescura de fuente, el alma misma del cristianismo primitivo»; Louis Bouyer, *Le Consolateur, Esprit-Saint et vie de grâce*, Cerf, Paris 1980, 310.

Así, desde la espiritualidad de la luz de los escritos del Pseudo Macario hasta las manifestaciones recientes de la «oración de Jesús», la corriente llamada hesicasta, que constituye el alma de la espiritualidad cristiana oriental, fortalecerá a nuestros hermanos de oriente indicándoles continuamente el camino hacia el corazón, sede de la experiencia del Espíritu. Detrás de tantos escritos, desconocidos en su mayoría para los cristianos de occidente, late un corazón cristiano habitado por la maravilla del bautismo, en búsqueda apasionada de las señales de resurrección en este mundo y en un esfuerzo multiseccular por recoger las huellas de una belleza de transfiguración (*Filocalia*) aun en medio de los horrores y negatividades de la historia.

Nuestro místico constituye un eslabón precioso en esta cadena hesicasta y filocalica. Entre los siglos X y XI, en una Bizancio próspera y mundanizada, cuando el peligro de la ritualización excesiva del culto pudo llevar a una desconexión entre la experiencia de la resurrección de Cristo y la de toda la humanidad, Simeón dio un impulso nuevo a la teología del Espíritu santo (una teología que podemos llamar «experimental») y reinterpreto a su luz el misterio de la resurrección. Heredero de la tradición de la teología joánica y macariana de la luz, puede decirse que el Nuevo Teólogo es un precursor de la idea de la «escatología realizada», en cuanto considera esencial para todo cristiano la experiencia pneumática, según el Espíritu, de la divinización, anticipo sacramental de la futura resurrección.

No digáis que es imposible recibir el Espíritu divino. No digáis que sin él es posible ser salvados. No digáis por tanto que se puede poseer el Espíritu sin saberlo. No digáis que los hombres no pueden ver una luz divina, o que es algo imposible en los tiempos actuales (Himno 27,125-132).

Simeón recuerda que vivir la radicalidad de la vida cristiana –la experiencia del Espíritu como anticipo de la

resurrección futura— es siempre posible, en todo tiempo; que no podemos refugiarnos en épocas míticas de la experiencia cristiana. Hoy es el tiempo de la radicalidad evangélica, hoy es el tiempo de la vida en el Espíritu.

Simeón nació en Galacia, Asia Menor, en 949. Sus padres pertenecían a la nobleza provinciana. Recibió su educación en Constantinopla, donde se le preparaba una gloriosa carrera en la corte. Pero Simeón anhelaba un camino diverso. En los años de la adolescencia había buscado con insistencia y perseverancia un padre espiritual, que encontró finalmente en un anciano monje del monasterio de Studios, de nombre Simeón, apodado «el piadoso». Este encuentro marcó definitivamente su vida espiritual. Hasta el momento de su consagración definitiva pasó por numerosos altibajos, alternándose durante seis años de servicio en la corte los periodos de vida relajada y mundana con gracias místicas y experiencias de la luz divina. Convertido finalmente por ella, decidió hacerse monje, y abandonando de noche la casa paterna, fue a encontrarse en el monasterio de Studios con su padre espiritual.

Su total fidelidad a este anciano y sus impulsos místicos inquietaron a los responsables de la comunidad, que acabaron por expulsarlo del monasterio. Su padre espiritual le envió a la comunidad de San Mamas, que se encontraba en plena decadencia, tanto material como espiritual. Simeón, dos años después de su ingreso, fue elegido hígumeno y ordenado sacerdote. Reconstruyó totalmente el monasterio, aplicándose sobre todo a la reforma espiritual de la comunidad, a la que comenzaron a afluir de nuevo los novicios. Pero sus exigencias ascéticas y sus llamadas a una radicalidad en todos los aspectos de la vida monástica para renovar —según su propia visión madurada en las gracias recibidas— la experiencia contemplativa, encontrarán pronto una firme oposición. No será escuchado, y este rechazo constituirá el verdadero drama de toda su vida.

Frente a su convicción de la posibilidad y la necesidad de entrar en posesión consciente de Dios en esta vida, sus contemporáneos considerarán que la radicalidad con la que Simeón presenta la unión mística con Dios es cosa de tiempos pasados. Los monjes se rebelarán, y la jerarquía eclesiástica acabará por exiliarlo, incómoda ante la veneración de Simeón hacia la figura de su difunto padre espiritual, y por el marcado acento con que el Nuevo Teólogo reclamaba la importancia de la experiencia espiritual por encima de lo institucional. En 1009 partió hacia la otra orilla del Bósforo, donde se instaló en soledad en un pequeño oratorio en ruinas, dedicado a santa Marina. No le hará volver la propuesta de importantes cargos eclesiásticos, sino que permanecerá en su eremitorio. Hasta allí venían numerosos visitantes a pedirle consejo y en ese lugar viviría rodeado de algunos fieles discípulos, hasta el momento de su muerte, acaecida en 1022.

Un repaso somero a sus obras principales nos dará una imagen de la vitalidad de la escritura de este gran místico. En primer lugar las *Catequesis*²: se trata de treinta y cuatro discursos a los monjes de San Mamas. Obra originalísima, que recoge su enseñanza directa y de viva voz; constituye en realidad una estupenda autobiografía espiritual.

Las *Acciones de gracias*: son dos oraciones de agradecimiento, de estilo casi himnico, que pueden constituir la introducción y el epílogo a las *Catequesis*.

Los *Tratados teológicos*: tres opúsculos relativos al misterio de la Trinidad y la teología. Son obras de controversia y de discusión con los adversarios, al igual que los *Tratados éticos*³, quince opúsculos sobre la obra de la salvación, la gracia de la deificación y la vida mística.

2. Simeón el Nuevo Teólogo, *Catéchèses* (Sources Chrétiennes 96, 104 y 113), edición de B. Krivochéine, Paris 1963-1965.

3. Simeón el Nuevo Teólogo, *Traité théologiques et étiques* (Sources Chrétiennes 122 y 129), edición de J. Darrouzès, Paris 1966-1967.

Las *Centurias*⁴: tres series de capítulos teológicos y espirituales, compuestos en la última etapa de su vida.

Finalmente, los *Himnos*⁵: se trata de cincuenta y ocho largas composiciones poéticas, precedidas de una «oración mística». La composición de la mayoría de los himnos debe situarse en los últimos años de soledad en el exilio, constituyendo de este modo el compendio de los temas de toda su vida expresados ahora en la libertad y el ardor del diálogo con Dios. La originalidad de estas composiciones estriba en que constituyen la primera obra en la que un místico de la tradición cristiana oriental describe su experiencia espiritual en primera persona.

Algunas páginas de sus obras se sitúan entre las más bellas de toda la literatura mística cristiana. Son una perenne llamada a la Iglesia a una conversión que sea auténtica, fruto del *penthos* o compunción y de las lágrimas.

Es difícil resumir en algunos rasgos la riquísima meditación de Simeón, siempre exaltante e inspirada. Las pequeñas introducciones a cada una de las secciones en que hemos dividido esta antología, así como los comentarios a cada texto, irán conduciéndonos de la mano por el universo espiritual de nuestro místico. Destacamos, sin embargo, algunos puntos sobresalientes de su pensamiento: la afirmación del primado del evento espiritual; el realismo intenso de la mística cristocéntrica; el puesto importante del Espíritu santo en la santificación del bautizado, entendida como divinización; la insistencia en la participación viva y consciente del cristiano en la acción de la gracia en él; el realismo sacramental como participación real en la transfiguración y anticipo de la resurrección futura; la función de la paternidad espiritual en el nacimiento y la maduración de la

4. Simeón el Nuevo Teólogo, *Chapitres théologiques, gnostiques et pratiques* (Sources Chrétiennes 51 y 51bis), edición de J. Darrouzès, Paris 1951 y 1980.

5. Simeón el Nuevo Teólogo, *Hymnes* (Sources Chrétiennes 156, 174 y 196), edición de A. Koder, Paris 1969, 1971 y 1973.

experiencia cristiana; la íntima unión del sentido de la acción de gracias y el misterio de las lágrimas; la afirmación incondicional del valor de la aventura de la búsqueda de Dios y del Rostro de Cristo, impulsadas por un deseo sediento y apasionado, a pesar de los pecados y de las dificultades. Rasgos y acentos, creemos, de marcada actualidad.

Esperamos que la palabra ardiente de Simeón deje en los lectores una semilla de verdadera esperanza, de la que estamos tan necesitados: todo es posible para quien tiene en el alma el gusto del perdón, todo es posible para quien, a pesar del desaliento, no deja, como el santo bizantino, de agradecer y de invocar.

Algunos estudios

V. Lossky, *Théologie mystique de l'Église d'Orient*, Aubier, Paris 1944.

– *La vision de Dieu*, Delachaux & Nestlé, Neuchâtel-Paris 1962.

B. Krivochéine, *Dans la lumière du Christ. Saint Syméon le Nouveau Théologien (949-1022): vie, spiritualité, doctrine*, Chevetogne 1980.

B. Fraigneau-Julien, *Les sens spirituels et la vision de Dieu selon Syméon le Nouveau Théologien* (col. *Théologie historique*, 67), Beauchesne, Paris 1985.

Varios autores, *Simeone il Nuovo Teologo e il monachismo a Costantinopoli*, Atti del X Convegno ecumenico internazionale di spiritualità ortodossa, sezione bizantina, Bose, 15-17 settembre 2002, Qiqajon, Comunità di Bose, Magnano (BI) 2003.

PRIMERA ACCIÓN DE GRACIAS

En las ediciones originales, el título de esta primera oración de acción de gracias es: «Acción de gracias a Dios por los dones de Él obtenidos. Y descripción de cómo, a aquellos que han purificado su corazón, Dios siempre se les manifiesta, y con qué cosas y cuáles signos». Toda la oración transpira una atmósfera de experiencia estática, de maravilla ante los modos en que Dios se ha manifestado, culminando en la visión de la luz sin forma, siempre por la mediación del santo padre espiritual Simeón.

DISCURSO 35

Te doy gracias, me inclino y me arrodillo ante ti, Señor del universo y santísimo Soberano, porque te has compadecido de mí que soy indigno, me has honrado y me has glorificado, tal como ha sido tu voluntad desde lo alto, puesto que antes de ser creado el cosmos por ti, teniéndome a mí entero en ti mismo, me has glorificado y me has honrado con la razón haciéndome a tu imagen. Porque por ninguna otra cosa sino por mí, que he sido hecho a tu imagen y semejanza, has transformado todo a partir de la nada, y me has hecho rey de todo lo supraterrano para gloria de tu magnificencia y de tu bondad. Te doy gracias por haber colmado toda mi súplica y deseo de bien según las promesas que nos has hecho a nosotros tus siervos, y en lo que yo esperaba y deseaba me has gratificado aún más, a mí que soy indigno del cielo y de la tierra. Porque dijiste: «To-

do cuanto pidáis en mi nombre, con fe lo recibiréis»¹. Te doy gracias porque a mí que deseaba ardientemente ver a uno de tus santos y que confiaba en que a través de él descubriría la misericordia de tu parte, tú no sólo has tenido a bien, oh bondadoso, asignarme a tu legítimo servidor –me refiero al dichoso y santo Simeón– y complacerte en que yo fuese amado por él, sino que me has regalado miles de bienes que no esperaba.

¿De dónde, en efecto, podía conocer yo, desdichado de mí, que tú, nuestro buen Maestro, eras así, como para concebir deseo de ti? ¿De dónde podía saber que tú te manifiestas a aquellos que viviendo todavía en el mundo se acercan a ti, como para haber deseado contemplarte? ¿De dónde podía conocer que aquellos que acogen en sí mismos la luz de tu gracia son tenidos por dignos de tal gozo y alivio? ¿De dónde o de qué manera, oh desdichado, podía yo saber que los que han creído en ti reciben tu Espíritu santo? Pues yo creía tener plena fe en ti y me parecía poseer todo aquello con lo que tú gratificas a los que te respetan, cuando en realidad no tenía absolutamente nada, como después los hechos me han enseñado. ¿De dónde podía yo saber, Maestro, que siendo tú invisible e ilimitado, eres visto y tienes cabida dentro de nosotros? ¿De dónde podía yo acaso concebir que tú, el maestro que ha creado el universo, para unirte a los hombres que tú mismo has modelado, les ibas a convertir en portadores de Dios y les ibas a hacer hijos tuyos, a fin de que aspirasen al deseo de los mismos bienes que yo he tratado de conseguir de ti? ¿De dónde podía yo saber, Señor, que tengo a un Dios así, a un Maestro así, a un protector así, padre, hermano y soberano, a ti que has sido pobre por mi causa y que has tomado la forma de un esclavo?

En verdad, Maestro mío amigo de los hombres, no sabía absolutamente nada de todo esto. Pues incluso si me

1. Mt 21, 22.

hubiese fijado en las sagradas Escrituras que compusieron tus santos y hubiese leído algo acerca de estas cuestiones, lo habría escuchado como si se refiriesen a otros asuntos o se dirigiesen a otras personas y habría permanecido insensible a todo lo escrito, sin haber sido capaz de hacerme siquiera una idea de ello. Pues al escuchar a tu heraldo Pablo que exclamaba diciendo: «Lo que ni el ojo vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman»², estaba convencido de que era imposible para alguien que vive en carne llegar a la contemplación de aquello. Creía que sólo a aquél le habías mostrado esto gracias a tu prodigalidad e ignoraba, desdichado de mí, que ello tiene lugar por iniciativa tuya en todos los que te aman. ¿De dónde, cómo habría podido saber que todo el que cree en ti se convierte en miembro tuyo haciendo resplandecer por la gracia a la Divinidad –¿quién lo creará?– y que será bienaventurado al haberse convertido en miembro bienaventurado del bienaventurado Dios? ¿De dónde podía saber que tú en lugar de alimento perceptible te conviertes en pan inmortal, incorruptible y del que uno no puede saciarse, para aquellos que pasan hambre por ti, fuente inmortal para los que tienen sed y manto resplandeciente para los que por tu causa visten modestos hábitos? En efecto, al escuchar a tus heraldos contar esto, suponía que tal cosa sólo tendría lugar en el siglo venidero y después de la resurrección, y no sabía que es ahora especialmente cuando se completaría, cuando hemos llegado a una situación de mayor necesidad de ello.

Ignoraba estas cosas, santísimo Soberano, y no tuve jamás deseo de ellas ni pedí recibir de ti alguno de estos bienes, sino que al acordarme de mis pecados, buscaba únicamente el perdón de aquéllos y deseaba hallar, como dije arriba, un Maestro mediador y embajador, a fin de po-

2. 1 Cor 2, 9.

der encontrar a través de su intercesión y de mi sumisión a él la absolución, al menos en el futuro, de mis muchas faltas. Mas cuando oí que todos coincidían en decir que no existe en este momento sobre la tierra un santo de estas características, caí en una tristeza mayor, aunque jamás le di a ello crédito, sino que respondí a esas personas, oh Cristo Maestro, como sabes, diciendo: «Señor, ten piedad. ¿Acaso el diablo se ha hecho más poderoso que Dios nuestro Maestro, como para arrastrar a todos hacia sí y ponerlos de su parte, de modo que nadie quede del lado de Dios?».

Es por ello, Soberano amigo de los hombres, por lo que creo que me has iluminado, a mí que me asiento en las tinieblas de la vida y en mitad de los males, con tu santa luz y en ella me has asignado tu santo. Y del mismo modo que hiciste con tu siervo Pablo, al llamarle cuando te perseguía mediante tu aparición divina –y, en efecto, al verte aquél y decirte: «¿Quién eres?»³, no dijiste: «Yo soy el creador del cielo y la tierra⁴. Yo soy el que ha llevado a todos los seres de la nada a la existencia», ni dijiste: «Yo soy el que soy⁵ o el Dios Sebaot⁶ o el Dios de tus padres⁷», ni alguna otra de las denominaciones de tu gloria, sino que le dijiste únicamente esto: «Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigués»⁸, para que él supiese claramente que tú eres el Dios que se ha encarnado por nosotros, a quien aquél perseguía–, así también has hecho conmigo, Maestro, cuando te has complacido en asignarme tu santo, Simeón.

En efecto, habiendo iluminado tu luz divina a todos los seres y también al desdichado de mí y habiendo hecho la noche tan resplandeciente como el día, en lo alto mismo de tu Divinidad, como en el cielo, me consideraste digno de verle de forma estremecedora, de pie cercano a tu gloria divina, sin haberle adornado con una corona ni con un vestido resplandeciente ni con una apariencia transformada,

3. Hch 9, 5.

5. Ex 3, 14.

7. Gn 46, 3.

4. Hch 4, 24.

6. Cf. 1 Sm 1, 3.

8. Hch 9, 5; 22, 8.

sino tal cual era, viviendo entre nosotros y visible cada día en la tierra, así es como me lo has mostrado en el cielo. ¿Con qué intención? A fin de que no crea que existe otro distinto de éste, estando con nosotros, ni otro que el que se me hace visible allá, y que errando me extravié del buen pastor, yo la oveja perdida.

Pero yo, en efecto, ni siquiera cumplida ya esta maravilla fui capaz de comprenderlo, desgraciado de mí, sino que engañado poco a poco por la pereza y la indolencia, recaí en los males anteriores o incluso en otros peores. Tú, Soberano misericordioso y paciente, ni siquiera así te desentendiste de mí, sino que me hiciste volver gracias al santo y me consideraste digno de inclinarme ante sus santos pies, sacándome con tu poderosa mano y tu brazo resuelto de este mundo impostor y de los asuntos y los placeres mundanales, alejándome de todos en cuerpo y alma, oh maravilla, oh amor por nosotros y compasión tuya, Dios amigo de los hombres, y situándome a la altura de los que te sirven. Después de esto, Maestro, no sólo me has concedido el perdón de mis incontables males, sino también todos los bienes antes mencionados mediante las intercesiones de tu santo: o mejor, tú mismo te has hecho todo por mí.

En verdad, al habitar tú en aquél y brillar en la luz de la gloria divina, yo me aproximé a él y en arrepentimiento y fe me aferré a sus pies, y al punto percibí un calor divino, después un pequeño y brillante resplandor, después un soplo divino proveniente de sus palabras, después un fuego que alumbraba desde el corazón y hace fluir mediante lágrimas corrientes perpetuas, después un rayo sutil en mi mente que la cruza más veloz que el relámpago. Seguidamente se me apareció cual luz en la noche y cual nube pequeña y resplandeciente apostada sobre mi cabeza, mientras yo yacía de bruces y hacía la plegaria. A continuación se fue volando y al poco lo vi en el cielo.

Después, mientras yo reflexionaba sobre lo que había sido la visión, sucedió otra cosa más extraordinaria que todo esto. En efecto, como yo había sido tentado en sueños por los demonios malvados y arrastrado mediante sus ardises a sufrir una caída, mas me resistí con fuerza e invoqué tu ayuda, Señor de la luz, me desperté tras haber escapado indemne de las manos de los tentadores. Y como yo mismo me admiraba de mi firmeza, de mi valor y sobre todo de mi imperturbabilidad frente al sufrimiento y me preguntaba: «¿De dónde me ha venido este trofeo de forma tan inusual, como para haberme enfrentado dormido a mis adversarios y enemigos, haber sido más poderoso que ellos y haber obtenido sobre ellos por la fuerza una victoria extraordinaria gracias a Cristo?», oh maravilla, al punto a ese al que yo creía en el cielo le vi dentro de mí, me refiero a ti, mi Creador y Soberano, Cristo, y entonces comprendí que era tu victoria: que tú me habías hecho vencer al diablo.

Sin embargo, todavía no reconocía, Maestro, que tú eras el que me había modelado del barro y gratificado con todos estos bienes. Todavía no reconocí que tú eres mi Dios sin orgullo y mi Señor. Pues todavía no me habías estimado digno de escuchar tu voz para reconocerte, todavía no me habías dicho secretamente que «soy yo»⁹. En efecto, era indigno e impuro, con los oídos del alma aún obstruidos por el fango del pecado y mis ojos dominados por la incredulidad, la ignorancia y el sentido y la oscuridad de las pasiones. Y yo te veía así, como mi Dios, pero sin saber ni haber creído que Dios —en tanto que es posible verlo— se deja ver por uno, y sin advertir que es Dios o la gloria de Dios lo que, ora de una forma, ora de otra, se me muestra. Mas esta maravilla insólita me dejaba estupefacto y colmaba de gozo toda mi alma y mi corazón, hasta el punto de creer que mi propio cuerpo participaba de aquella gracia inefable.

9. Cf. Mt 14, 27; Mc 6, 50; Jn 6, 20.

Todavía no reconocía entonces de manera precisa quién eras tú, a quien yo veía. Después veía con frecuencia una luz, a veces dentro, cuando mi alma gozaba de calma y paz, a veces fuera, en un lugar lejano, y se me aparecía o bien se escondía completamente, y al esconderse me originaba una tribulación insoportable, pues yo pensaba que ya no aparecería jamás. Pero de nuevo al lamentarme yo, llorar y demostrar una acogida, obediencia y sumisión totales, se me aparecía cual el sol, que corta el espesor de la oscuridad y se muestra poco a poco favorable y esférico. Así es ciertamente como tú, indescriptible, invisible, impalpable, inmóvil, presente siempre por doquier y en todos y llenándolo todo, a cada momento, por así decirlo, de día y de noche haciéndote ver y escondiéndote, yendo y viniendo, invisible y de improviso aparecido, has ahuyentado de mí paulatinamente las tinieblas, expulsado la oscuridad, reducido la espesura, limpiado las legañas de los ojos de la inteligencia, destapado y abierto los oídos del entendimiento, suprimido el velo del embotamiento, adormecido con ellos toda pasión y todo placer carnal arrancándolos por completo de mí. En tal hombre me has transformado de este modo, purificando el cielo de toda tiniebla. Cuando digo cielo me refiero al alma purificada en la cual de manera invisible, no sé cómo ni viniendo de dónde, te encuentras de repente tú, presente en todas partes, y te manifiestas cual otro sol. ¡Oh, indecible condescendencia!

¡Tales son, hermanos, las maravillas de Dios en favor nuestro! Al elevarnos nosotros hacia lo más perfecto, ya no se presenta como al principio, sin forma y sin figura el que es sin forma y sin figura, ni en silencio lleva a cabo en nosotros la presencia y el advenimiento de su luz. ¿Cómo, entonces? De alguna forma, en todo caso en forma de Dios. Mas Dios se muestra con simpleza, no en un dibujo o en una impronta, sino tomando forma en una luz incomprensible, inconcebible y carente de forma –pues nada más nos es

posible decir o expresar—, mientras se muestra de forma manifiesta y se hace reconocer de manera hartamente comprensible y se deja ver, siendo invisible, de forma totalmente penetrante, e invisiblemente habla, escucha y cara a cara, como un amigo con su amigo, conversa el que es Dios por naturaleza con los que han sido hechos dios por su gracia. Y cual un padre, ama y es amado ardientemente por sus hijos y se convierte para ellos en extraño objeto de contemplación y en audición aún más estremecedora, sin que pueda ser explicado por ellos como se merece ni soportarse envuelto en un completo silencio. Y ellos, atrapados siempre por el deseo de él y resonando en secreto por él, escriben ora lamentándose por las pasiones ajenas, ora ostentando sus propios fracasos. Y a veces, al relatar con agradecimiento las buenas acciones y las actividades de la gracia de las que han sido objeto, elevan un himno teológico en honor de quien les ha transformado de manera teúrgica; pero en otras ocasiones, si escuchan a alguien que afirma algo contrario e inexacto acerca de la salvación de nuestras almas, lo corrigen según la medida del conocimiento que les ha sido dada y lo escriben presentando los testimonios de las Sagradas Escrituras sin ser capaces de quedarse absolutamente tranquilos o de saciarse del relato. ¿De qué modo? Dado que ya no se pertenecen a ellos mismos sino al Espíritu que hay en ellos, que a ellos los mueve y por ellos es a su vez movido, y en ellos se produce todo cuanto oyes que se dice en las Sagradas Escrituras sobre el reino de los cielos: perla, grano de mostaza, levadura, agua, fuego, pan, bebida de vida, fuente que vivifica y brota, que arrastra ríos de palabras espirituales, de palabras de la vida divina, lámpara, lecho, alcoba nupcial, sala de bodas, novio, amigo, hermano y padre..., pero ¿para qué me esfuerzo en mencionar tantas cosas y enumerarlas todas, cuando he aquí que son incontables? En efecto, lo que ni el ojo vio ni el oído escuchó ni al corazón del hombre llegó, ¿cómo va la lengua a medirlo y a

contarlo con la palabra? En verdad, de ninguna manera. Porque, aunque por llevar a Dios, que es quien nos lo proporciona, poseemos todo dentro de nosotros, sin embargo no somos en absoluto capaces ni de medirlo con la inteligencia ni de contarlo con la palabra.

De modo que hemos escrito esto, oh padres y hermanos, no por mor de la exhibición, Dios no lo quiera –pues, ¿qué tenemos en nuestro poder para exhibir, a no ser nuestros múltiples pecados, impurezas y maldades desde el vientre de la madre, a los cuales, según creo, ni siquiera la arena del mar puede igualarse en cantidad?–, sino que son las maravillas de Dios las que os manifestamos y exponemos, si bien no como merecen, ciertamente al menos según nuestra capacidad; y también a fin de que, además de esto, seamos de utilidad a quienes a través de este relato creen poseer de forma inconsciente desde el divino bautismo el Espíritu santo. En efecto, este discurso nos enseña la total oscuridad y ensombrecimiento que hay en nosotros en un primer momento, esto es, la enajenación de la luz divina, cuando se extiende sin lugar a dudas claramente a la ignorancia respecto de Dios, después la refutación proveniente de la conciencia, después el miedo, después el deseo de liberación de las deudas –que es cuando el hombre echa de menos un mediador y auxiliador, ya que ciertamente no está capacitado para avanzar solo sin vergüenza, oprimido como está por los numerosos pecados de la honra–, después el encuentro con el mediador, el pastor y el embajador. Y cómo con la iluminación intelectual del Espíritu el hombre ha podido ver también esto, que demuestra asimismo que se ha producido el comienzo de la iluminación, en la cual hasta muy recientemente no estaba iniciado; y cómo una vez producida la revelación, de nuevo se adelantó la contemplación del Espíritu y, privado de ésta, nuevamente cayó en la oscuridad de sus muchos pecados. Tras esto, nuestro discurso ha mostrado la segunda llamada he-

cha a través del pastor, después la obediencia, la fe, la humildad, la sumisión y, a partir de éstas, la muy visible transformación producida paulatinamente en nosotros en conocimiento y contemplación. Y aquel que no haya reconocido que ésta se ha producido en sí mismo según la descripción de este discurso, es imposible que ese hombre tenga al Espíritu santo habitando en él. Pero al repasar, tal y como he dicho más arriba, estos asuntos de una manera amplia, mi discurso no pretendía demostrar que nosotros nos enorgullecemos, sino que referimos pormenorizadamente las maravillas de Dios, las cuales él lleva a cabo por amor al bien en aquellos que le buscan con toda su alma y su corazón, a fin de que cualquier pretexto y desobediencia reciba su justa retribución en el día en el que Dios juzgará al género de los hombres. A él pertenece toda gloria, honor y adoración, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HIMNO 40

Hoy

Convertirse es tomar en serio las palabras de Cristo y vivir el Evangelio hoy.

¡Hoy, decídelo, has muerto, hoy has renunciado,
hoy, convéncete, has abandonado el mundo entero!
Hoy, tras haber despedido a amigos, parientes
y toda vanagloria,
renuncia a la vez a ocuparte también de los asuntos
de aquí abajo,
carga sobre tus hombros la cruz, estréchala con fuerza,
soporta hasta la muerte las fatigas de las pruebas,
y los dolores de las angustias y los clavos
de las aflicciones
acéptalos con suma alegría, como una corona de gloria.
Y si te presentas como el último de todos,
su esclavo y su servidor, como el primero
de todos ellos
te presentaré al final, tal como te he prometido.
Si amas a tus enemigos y a todos los que te odian,
ruegas de corazón por quienes te maldicen
y les haces el bien en la medida de tus posibilidades,
en verdad te has hecho semejante a tu Padre celestial
y habiendo adquirido por estas acciones
un corazón puro
verás en él al Dios que nadie jamás ha visto.
Y si ser perseguido por la justicia
te acontece, entonces brinca de alegría, porque el Reino

de los cielos ha llegado, y ¿qué puede haber
más grande?
Pues yo he padecido voluntariamente
estos sufrimientos por vosotros:
he sido crucificado y he sufrido la muerte
de los malhechores,
y las injurias que se me han hecho, en gloria para
el mundo, vida y esplendor,
en resurrección para los muertos
y motivo de orgullo para todos
los que creen en mí se han convertido.
Y mi muerte vergonzante, vestido de inmortalidad
y de divinización verdadera para todos los creyentes
se ha hecho.
Por ello, aquellos que emulen mis honrosos sufrimientos
serán partícipes igualmente de mi divinidad,
se convertirán en herederos de mi Reino,
se harán copartícipes de bienes inefables y secretos,
y estarán conmigo por los siglos.

HIMNO 27

No digáis que es imposible

Simeón ha chocado siempre con aquellos que rechazan la radicalidad evangélica como algo imposible para los tiempos presentes. Una vida cristiana sin experiencia del Espíritu santo es una vida mediocre. Es posible la apertura plena al Espíritu, y hay que tender a ella.

¡Busquemos, pues, todos a aquel que es el único
capaz de liberarnos de las cadenas!
¡Anhelemos a aquel cuya belleza
llena de estupor todo pensamiento, todo corazón,

que seduce a todas las almas, les da alas para volar
hacia el amor,
y las suelda y las une con Dios para siempre!
¡Sí, hermanos míos, corred hacia él mediante vuestras
acciones!
¡Sí, amigos, poneos en pie! ¡Sí, no os quedéis atrás!
¡Sí, no habléis contra nosotros engañándoos
a vosotros mismos!
¡No digáis que es imposible recibir el Espíritu divino,
no digáis que sin él es posible salvarse,
no digáis que puede poseerse sin saberlo!
¡No digáis que Dios no se deja ver ante los hombres,
no digáis que los hombres no pueden ver una luz divina
o que es imposible en los tiempos de ahora!
Nunca tal cosa ha resultado imposible, amigos,
antes bien, es muy posible para quienes así lo desean.
¡Ved, amigos, cuán magnífico es el Señor!
¡Sí, no cerréis los ojos de vuestra mente
volviendo la vista hacia la tierra!
¡Sí, no os dejéis dominar por las preocupaciones de
los asuntos y las posesiones terrenales
y por el deseo de gloria, abandonando
a éste, la luz de la vida eterna!
¡Sí, amigos, venid conmigo, elevaos conmigo,
no con el cuerpo, sino con la mente, el alma
y el corazón,
llamando a gritos con humildad al Señor bondadoso,
el Dios misericordioso, el único amigo de los hombres!
Y en verdad nos escuchará, en verdad se compadecerá,
en verdad se revelará, en verdad se aparecerá
y nos mostrará su radiante luz.

ÍNDICE GENERAL

<i>Introducción</i> , por Francisco José López Sáez	9
PRIMERA ACCIÓN DE GRACIAS	
Discurso 35	15
SEGUNDA ACCIÓN DE GRACIAS	
Discurso 36	25
PLEGARIA MÍSTICA	37
CON TODA LA SED QUE MI ALMA TIENE (HIMNO 41)	
Tengo sed. <i>Himno 3</i>	41
¿Quién me otorgará poseerte? <i>Himno 23</i>	42
En pos suya he corrido. <i>Himno 29</i>	44
¿Por qué escondes tu rostro? <i>Himno 53</i>	47
La oración iluminada. <i>Catequesis 17</i>	48
Estoy lleno de su amor y de su belleza. <i>Himno 16</i>	49
LUZ INACCESIBLE	
Tú eres el Dios eterno. <i>Himno 24</i>	53
Tu belleza es inaccesible. <i>Himno 42</i>	54
Exalto tu incomprendibilidad. <i>Himno 15</i>	54
El Uno son Tres y los Tres son Uno. <i>Himno 31</i>	55
Dios es Luz. <i>Discurso teológico 3</i>	57
Cómo abarcar lo Incorruptible. <i>Himno 38</i>	58
Él se deja conocer. <i>Himno 24</i>	59
Sólo el Espíritu conoce estos misterios. <i>Himno 29</i>	60
TRANSFORMADO EN CRISTO	
El prodigio de la Encarnación. <i>Ética 13</i>	61
Cristo se hará todo por ti. <i>Catequesis 2</i>	63
Él me ha hecho como fuego. <i>Himno 30</i>	65
El Hijo de Dios que me ha amado y se ha entregado por mí (Gal 2, 20). <i>Ética 8</i>	68
Te amo, sólo a Ti. <i>Himno 12</i>	70

VIDA NUEVA EN EL ESPÍRITU	
Él nos ha dado de su Espíritu (1 Jn 4, 13). <i>Himno 51</i>	73
El crecimiento espiritual. <i>Catequesis 14</i>	74
La llave del conocimiento. <i>Catequesis 33</i>	76
Apresuraos a recibir el Espíritu. <i>Himno 44</i>	78
Purifica tu corazón. <i>Ética 8</i>	81
LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE UNIDAD	
Allí he encontrado a Cristo. <i>Himno 19</i>	83
Mi sangre mezclada con tu sangre. <i>Himno 2</i>	85
La unión inexpressable. <i>Ética 1, 10</i>	86
Yo soy el pan que desciende del cielo. <i>Ética 3</i>	87
Todos unidos en Cristo. <i>Ética 1, 10</i>	89
El Cuerpo de Cristo. <i>Ética 1, 6 y 8</i>	90
HACERSE SANTO HOY EN DÍA	
Cristianos en verdad. <i>Himno 55</i>	95
Dios ha venido allí donde tú habitas. <i>Ética 2</i>	97
Corred hacia la Luz. <i>Catequesis 15</i>	98
Desde aquí abajo. <i>Himno 17</i>	100
Hoy. <i>Himno 40</i>	104
No digáis que es imposible. <i>Himno 27</i>	105
EL REINO YA ESTÁ AQUÍ	
El Reino de los cielos ha descendido a la tierra. <i>Himno 42</i> ..	107
La vida eterna ha comenzado ya. <i>Ética 5</i>	109
Un encuentro deslumbrante. <i>Ética 6</i>	111
¿Por qué seguir ciegos? <i>Himno 45</i>	112
Hijos de la Luz. <i>Ética 10</i>	113
LA PLEGARIA DE SIMEÓN	
Dios mío misericordioso. <i>Himno 45</i>	117
Que todos juntos contemplemos tu gloria. <i>Himno 14</i>	119
Tiéndeme una mano que me socorra. <i>Himno 4</i>	119
La fe que salva a los desesperados. <i>Himno 26</i>	121
Que la luz de tu Rostro oculte la desnudez de mi alma. <i>Himno 25</i>	122
Bendito seas, Señor. <i>Himno 47</i>	123
Tú eres, Cristo, el Reino de los cielos. <i>Himno 1</i>	125